

## **Capítulo I. Maldita y bella bruja de almas- Mi duende encantado.**

Nací en una aldea de mineros convertidos en pescadores, alejada de todo menos del mar.

Sus calles estrechas estaban dibujadas por un laberinto de casas de adobe y madera, construidas para los trabajadores de la mina hoy abandonada, un laberinto de habitáculos en gran parte vacíos y medio derruidos por el que me hubiera gustado perderme de vez en cuando, corriendo tras los gatos o tras las sombras de mis imaginarios amigos, pero perderse allí era un sueño imposible.

Siempre me gustó el color de sus atardeceres. Los colores intensos de las tierras removidas por los mineros parecían mucho más intensos cuando el sol se escondía, especialmente aquel granate intenso de sus arcillas. La verde pradera que unía la aldea con el mar y el color azul intenso de la ensenada que abría las puertas del mar a la aldea, regalaban a mis ojos y a mi espíritu la más bella paleta de colores que nunca he podido ver o imaginar, una inmensa paz me inundaba mientras veía desaparecer el sol. Mucho antes de que supiera lo que era pensar, me gustaba subirme lo más alto posible por las escarpadas laderas y gozar de aquellos atardeceres, mirar el mar, o quizás, tratar de averiguar todo lo que podría haber detrás de él consumían aquellas últimas horas de cada día de mi infancia. Una paz de la que sólo salía cuando el frío de la noche golpeaba mi cuerpo y me recordaba la necesidad de volver a la casa de mi madrina.

En aquel lugar sin nombre vivían un par de docenas de personas, entre ellas dos mujeres. Una de ellas se encargó de cuidarme, nunca sentí que me tuviera un gran cariño, era más bien como si no hubiera tenido otra opción y aun así, desempeñaba su papel lo mejor que podía, siempre con dureza, pero tratando de transmitirme los valores que a ella le habían inculcado y en los que tanto creía.

De forma constante se encargaba de recordarme que ella no era mi madre, amenazándome con dejarme en la calle si no obedecía todo lo que ordenaba, ante la seguridad de que ella y su pequeña casa eran el único refugio que tenía. Ella dictaba lo que se podía y lo que no se podía hacer, lo que estaba bien y lo

que estaba mal, lo permitido y lo prohibido, lo bendito y lo maldito. Crecí con ella en su casa, o más bien, alrededor de su casa y aprendí todas las reglas que me evitaban tener problemas, al menos, aprendí a simular su cumplimiento, este aprendizaje con el paso de los años lo recuerdo como uno de los mejores regalos que pudo darme aquella mujer para sobrevivir en la vida.

El espíritu se va forjando segundo a segundo durante la infancia. Aquellos estrictos pensamientos y reglas y la obsesión por su cumplimiento, contrastaban con la necesidad de ir ajustando la vida día a día a las miserables condiciones de la aldea. Allí aprendí la diferencia entre el valor de las palabras, capaces de soportarlo todo y el de las acciones, verdaderas demostraciones de los intereses reales de las personas. Aprendí a cuestionarlo todo y a entender el valor de la verdad, atributo personal de quien la proclama, bruja de mil caras imposibles de recordar, desmemoriada e insaciable vividora de nuevos momentos e incapaz de volver a vivir un instante pasado para dar firmeza a cualquier afirmación.

Mi madrina, como solía llamarla cuando me dirigía a ella, se pasaba el día zurciendo calcetines, remendando y lavando la ropa de la mayoría de los hombres de la aldea, así se ganaba la vida, cosiendo y lavando, luego escondía su vida en el infatigable esfuerzo por mantener la perfección de aquella vieja casa que no dejaba de remodelar y limpiar con pasión, una rutina que a nadie le importaba y con la que creo que tan solo trataba de llenar su vida, sin darse cuenta de la inmensa vida que tenía su alrededor.

De los arreglos de la ropa de los hombres obtenía los alimentos que necesitábamos y algún que otro pequeño capricho que les encargaba en sus salidas a la mar: grasas, cremas, aceite, harina y algún trozo de tela con el que confeccionaba algo para ella, para mí o para la pequeña casa donde vivíamos.

Todo aquello y la media docena de gallinas que cuidaba con esmero, acaparaban la atención de aquella oronda mujer siempre vestida de negro en un luto eterno, luto que siempre creí que guardaba no por haber perdido a nadie, sino por haber perdido su propia vida en aquella aldea.

Una vez, tan sólo una vez que habló conmigo para algo más que darme ordenes o recriminar mis ausencias, me contó que al principio eran tres mujeres en la aldea, pero mi madre, más joven que ella, les dejó después de traerme al mundo.

La otra mujer, la más joven de las tres, vivía en la última casa, alejada de todo y de todos, tan sólo de vez en cuando venía a ver a mi madre adoptiva, tal vez con el único propósito de estar por un momento con alguien más que con los gatos que vivían con ella y para intercambiar comida o recoger alguno de los encargos que dejaba encomendados a mi madrina, ella nunca hablaba con los hombres. Solía vestir viejos harapos, siempre iba sucia y a su paso desprendía un desagradable olor que nunca pude comprender cómo podía generar una persona, a menos de que esta sufriera alguna extraña enfermedad o maldición.

En aquellos escasos encuentros yo me quedaba escondido observándolas, tratando de aprender a través de aquellas pocas experiencias, lo que suponía debía ser una conversación entre personas. En aquella aldea no había charlas, las relaciones entre sus habitantes se limitaban a frecuentes peleas entre los hombres cuando alguno de ellos había bebido o recordado demasiado.

Entre aquellas dos mujeres no había largas conversaciones, tan solo monosílabos entrelazados, preguntas y respuestas sin conexión aparente. La mayoría de las preguntas no esperaban respuesta, tan solo pretendían justificar una pizca de interés por la otra, la mayoría de las respuestas no querían explicar nada, tan solo alargar el encuentro un instante más.

Aquella mujer solitaria llamaba mi atención, no es que nadie quisiera a nadie en aquella aldea, pero ella había decidido dejarlo claro alejándose de todos.

Desde muy pequeño, tras esos escasos encuentros la seguía hasta su casa, pero nunca me atreví a ir más allá que a ver como volvía a encerrarse tras la puerta y no volver a salir para volver a visitar a mi madrina en una larga temporada.

Mi padre siempre supuse que era aquel hombre que en cuanto tuve poco más que la edad para correr, me llevaba a la orilla del mar y me ponía a remendar redes sin que nadie nunca me hubiera explicado cómo hacerlo, lo que me hizo

Llevarme algún que otro capón, propinado con gran destreza por aquel hombre rudo. A fuerza de insistir en el castigo, aquel hombre, me enseñó a abrir los “ojos de ver”, aquellos que lo observan todo, aquellos que ven a simple vista lo que es necesario ver y aprender para sobrevivir.

Yo era el único niño de aquella aldea, lo que me obligaba a crecer rápidamente.

Pudiera haber crecido entre leyendas de piratas o de increíbles aventuras de marineros, pero aquel lugar no alimentaba más sueños que el de seguir vivo, ni más aventuras de las que hacían posible seguir comiendo.

Aunque pudiera parecer increíble, siempre supuse que el vasto mar era el camino más corto para llegar a cualquier parte y yo siempre miraba al mar queriendo escapar de aquel lugar.

Los hombres se dividían en pequeños grupos de cuatro o cinco, aunque siempre sospeché que estaban juntos por necesidad y que realmente lo que cada uno deseaba era estar sólo. Cada grupo tenía una pequeña embarcación con la que salían a pescar, se habían repartido la playa y ninguno invadía el territorio del otro sin que a continuación hubiera una gran pelea entre los miembros del grupo invadido y del invasor, peleas a las que solían sumarse cualquiera que hubiera tenido alguna reyerta anterior y no la hubiera dado por bien finalizada, lo que frecuentemente hacía que aquello acabara en una batalla entre todos los habitantes de la aldea, excepto las dos mujeres, que de formas diferentes vivían al margen de todo aquello. Aquellas tremendas disputas sumían durante largas temporadas al pueblo en un silencio tenso que nadie se atrevía a romper e interrumpían de forma abrupta mis paseos por temor a recibir las sobras de aquellas exhibiciones de brutalidad.

Me imaginaba que algún día debería pertenecer al grupo de hombres que acompañaban a aquel al que llamaba padre, con ellos remendaba redes y limpiaba el poco pescado que dejaban de vender, pero yo nunca salía a la mar.

Desde muy joven, mirando con los “ojos de ver”, observando la calidad y cantidad de los peces que aquellos hombres reservaban para sí mismos tras vender el resto en el pueblo cercano, aprendí que traían mejor pesca cuando las aguas del mar subían, aprendí que la pesca variaba con la luna y que había